

síntomas de la estupidez de los que mandan». ¿Qué estaba pasando en su Jerusalén terrestre? Escribe: «Hay días y lugares, horas y sitios en que el ambiente de la calle es de una insolencia salvaje». Es la locura comunal, son los síntomas de la enfermedad colectiva que amenaza la cultura y el espíritu cristiano; y el responsable del caos es el gobierno de Madrid. Unamuno empezaba a ser sólo el espejo del miedo de sus peores enemigos. Franco y sus generales también hablan de salvar el mundo occidental, el cristianismo, y hasta de salvar la República. Un año y medio atrás, a propósito de un incendio, en una de esas páginas de perfecta hermosura que a veces le salían como a pesar de él mismo, Unamuno, de pronto, había profetizado: «¿La crisis? La recordaré mejor cuando pueda recordar el esqueleto del gobierno. Y en cuanto al régimen... ¡Qué resplandores de incendios venideros!» (*Un incendio en la noche*); en junio de 1936 como iluminado por la inminencia de esa visión escribe: «Aquí, en España, se exagera el culto de la matanza sin otra ideología...» Unos días después, estalló la rebelión militar. En julio se le pidió que formara parte del nuevo Ayuntamiento que, en nombre de la República, reemplazaría en Salamanca al Ayuntamiento de la República. Unamuno aceptó. España empezaba a ser una parva de muertos y Primo de Rivera, liberado o huido de la cárcel, se unía a la rebelión. Unamuno, desde el Ayuntamiento, dijo que él estaba allí en nombre del pueblo y sirviendo a España, por la República. Dijo que en la República ya no se respetaban las ideas ni se oponían unas a otras, dijo que España era un estallido de malas pasiones y que era necesario salvar la civilización occidental en peligro. Habló de la estatua de Fray Luis, ante la que pasaba todos los días al ir a la Casa Rectoral, y de su mano de mármol, tendida en signo de paz y calma. Dijo: «Bien de manifiesto está mi posición de los últimos tiempos, sobre que los pueblos están regidos por los peores, como si buscaran a los licenciados de presidio para mandar». Tal vez, al aludir a los licenciados de presidio, imaginó a Primo de Rivera, pero el hecho es que las palabras «regidos por los peores» caían sobre el gobierno republicano de Azaña. Y hablaba, sin poder callarse, en la misma casa donde cinco años antes se había proclamado la República; donde, al regreso de su destierro, impuesto por Primo de Rivera, los estudiantes y los obreros de Salamanca lo habían alzado como a una estatua viva y le entregaron la Universidad y la ciudad de Fray Luis. Después de este discurso, hombres que lo admiraban, lo traían de traidor, de sirviente del fascismo y de hipócrita. Los más benévolo, de viejo reblandecido. Unamuno, ante un periodista norteamericano, declara que el gobierno de Madrid se ha vuelto loco, literalmente lunático, y pide al presidente Azaña que se suicide. Todavía lo hace en nombre de la cultura, del espíritu y de la libertad, pero ya es difícil creerle. La brutalidad militar, los fusilamientos, el horror, no tienen ideología. El horror republicano, tampoco; pero del lado de Franco ya vuelan los aviones de Hitler: «Yo no estoy a la derecha ni a la izquierda», dice Unamuno. «Yo no he cambiado; es el régimen de Madrid el que ha cambiado». Y agrega, como un fulgor: «Cuanto todo esto pase estoy seguro de que yo, como siempre, me enfrentaré con los vencedores». Es cierto, pero sólo él sabe que es cierto. Los vascos, en Bilbao, arrancan las placas de la calle que lleva su nombre. El gobierno de Madrid lo destituye de todos sus cargos honoríficos. Ese decreto, hay que reconocerlo, está redactado con grandeza y, acaso, con dolor auténtico: al menos, mejor pensado que ciertos despropósitos de Unamuno. Me costaría mucho escribir lo que sigue si no supiera cómo termina: el 1.º de septiembre, el general franquista Ca-

banellas, presidente de la Junta de Burgos, firma el nuevo decreto que, en el nombre de Dios, devuelve al viejo Unamuno su rectorado de por vida y sus honores.

El 12 de octubre de 1936, Día de la Raza, ya no hay bandera de la República en Salamanca, ya casi no hay República en España, ya apenas hay España.

En el paraninfo de la Universidad, en el estrado de honor, están la esposa de Franco, el obispo de Salamanca y, entre eclesiásticos y catedráticos, el general Millán Astray, fundador de la Legión Extranjera y mutilado de la guerra del Magreb. También su escolta armada. Y solo y callado en su alta silla de rector, don Miguel de Unamuno. Demasiado callado desde hacía algún tiempo, demasiado mentiroso y cómplice en sus medios silencios que todavía hablaban, incoherentemente, como si chocheara, del resentimiento español, de salvajadas, de la necesidad de salvar militarmente el mundo cristiano y occidental. Lo imagino chiquito y perdido, como la mula aquella que dijo Borges en su libro sobre Carriego. «No voy a hablar en este acto», ha dicho el día anterior. «Me conozco cuando se me desata la lengua». Tenía miedo, es cierto; pero no cualquier miedo. Un miedo del tamaño de España. Miedo a ser culpable de los sangrientos errores de la República, que había ayudado a fundar; miedo a ser cómplice del salvajismo que ahora la arrasaba y que él quiso confundir con ideal cristiano, con libertad de ideas, con salvación de la herencia cultural grecolatina. Esa mañana le había pedido al vicerrector que ocupara, por él, la presidencia en el oficio religioso. Era cristiano, se sabe, pero también era Unamuno. «Hace cincuenta años que no me confieso», supo decir. En el paraninfo, para que su soledad resultara perfecta, tenía cerca a José María Pemán. Y, por si todo esto fuera poco, Unamuno andaba con catarro. Lo imagino, como dije, chiquito y perdido, pero también lo empiezo a imaginar malhumorado. Entonces comenzó el acto.<sup>3</sup> Habló un historiador, habló un padre dominico, habló por fin el catedrático de Literatura Maldonado de Guevara. Exaltó al «Caudillo de España», expuso la necesidad de exterminar a la anti-España, aludió a las nociones morales del Bien y del Mal, denostó a vascos y catalanes. Cuando finalmente se calló, el paraninfo estalló de animalidad contenida. Se oyó el primer «Viva la Muerte». El general Millán Astray inició el rito de la falange: «¡España!», y todo el público, con dócil brutalidad, coreó: «¡Una!» Y así hasta el final: «¡España! ¡Grande! ¡España! ¡Libre!» El anciano don Miguel no intervino. Callado y lejano como piedra, hacía garabatos en un papel. Le correspondía hablar a José María Pemán, y habló. Echando «más leña al fuego del delirio homicida» del paraninfo, escribe Luciano González Egido, habló «en el sentido de su poema *El ángel y la bestia*, en que el ángel era la España iluminada de la tradición católica, y la bestia, naturalmente, la anti-España liberal y democrática». La disertación académica de Pemán terminó de este modo: «Muchachos de España: ¡Hagamos cada uno en cada pecho un Alcázar de Toledo!» No hace falta describir qué sucedió; por otra parte soy incapaz de describir algo que ni siquiera imagino. Me acuerdo, mejor, de una frase de Manuel Machado: «El pueblo es una cosa respetable. El vulgo es una

<sup>3</sup> Sigo el orden que propone Luciano González Egido (Agonizar en Salamanca, Madrid, 1986), quien a su vez sigue a Díaz Salcedo (Vida de don Miguel, Salamanca, 1964) y cita los diarios del día posterior a ese acto académico. He cotejado los textos con el testimonio de Pedro Gringoire y con un artículo de Gregorio Selzer (Venceréis pero no convenceréis), publicado, hacia el año setenta, en la revista argentina Raíces. Hago constar, de paso, que el giro «acto académico» es impropio.

cosa detestable. El público es una cosa lamentable». Y, ante lo detestable y lo lamentable, se puso de pie Unamuno.

Se sabe que su voz no era profunda; también se sabe que el azar o Dios, cuando por fin condescienden a mezclarse en los días del hombre, no descuidan ciertos detalles. Unamuno, esa mañana, habló con la voz agravada por el catarro, la indignación moral y el coraje de su espanto. Otros ya han fijado este minuto; Pedro Gringoire lo recuerda así: «Fue más de lo que podía aguantar. Y, ante la expectativa general, con voz firme y llena, empezó a hablar. No parecían pesar sobre él los años. Erectos los hombros, era como un gigante. Su acento era pausado y tranquilo, pero se percibía en él como el lejano retumbar de un trueno. Nunca don Miguel, que tuvo tan grandes momentos en su vida, había estado tan majestuoso, tan magnífico, tan enorme». González Egido describe, durante cinco torrenciales páginas, ese monumental ponerse de pie y romper a hablar. Yo me limito a copiar lo que dijo:

Todos vosotros estáis esperando mis palabras. Todos vosotros me conocéis y sabéis que soy incapaz de guardar silencio. Hay ocasiones en que quedarse callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo he hecho otras veces. Pero no, la nuestra es sólo una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil, y sé lo que digo. Vencer no es convencer, y hay que convencer, sobre todo. Y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; el odio a la inteligencia, que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición. Voy a comentar el discurso —de alguna manera hay que llamarlo— del profesor Maldonado. Pasemos por alto la afrenta personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes, llamándoles la anti-España. Pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo que, quiéralo o no, es un catalán nacido en Barcelona, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis conocer. Y yo, que como todos sabéis nací en Bilbao, soy vasco, y llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no conocéis...

El general Millán Astray, que ha preguntado varias veces en voz alta «¿Puedo hablar? ¿Puedo hablar?», da un golpe sobre la mesa queriendo interrumpir al viejo de la lengua ya desanudada hasta la muerte; grita algo sobre el país vasco y Cataluña «cánceres en el cuerpo de la Nación» y agrega que «el fascismo es la salud de España y que sabrá extirpar esos cánceres procediendo en carne viva, sin asomos de falsos sentimentalismos». Vuelve a oírse el grito del Tercio «¡Viva la Muerte!» y el canto ritual de la Falange; y por encima de todo esto, la tremenda voz de Unamuno, que ya no puede interrumpir nadie, que sigue articulando su última lección sobre ese fondo de consignas que vivan la cosa que más aborreció y temió en este mundo.

Acabo de oír un grito necrofílico y sin sentido: *Viva la muerte*. Y yo, que me he pasado la vida creando paradojas que han despertado iras incomprensibles, os debo decir, en calidad de autoridad experta, que esa grosera paradoja me resulta repelente. El general Millán Astray es un hombre desarbolado. Lo digo sin pizca de malicia. Es un inválido de guerra. También lo era Cervantes. Desgraciadamente en estos momentos hay demasiados desarbolados en España. Y pronto habrá más, si Dios no viene en nuestra ayuda. Me apena pensar que el general Millán Astray pudiera dictar el modelo psicológico de las masas. Un desarbolado que carece de la grandeza espiritual de un Cervantes es capaz de buscar un siniestro alivio ocasionando mutilaciones en su derredor.

Millán Astray vuelve a gritar: «Viva la Muerte», «Muera la inteligencia» y «Mueran los intelectuales». Unamuno, desde toda la altura de su palabra, le responde atronadamente que están en el templo de la inteligencia y que ese recinto es sagrado. Desde

el mismo estrado presidencial, algún catedrático intenta sacarse a sí mismo de la cuestión corrigiendo el grito de Millán Astray o mitigando su alcance. «Abajo los malos intelectuales», se oye, y también: «Traidores».

Éste es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando este sagrado recinto. Vosotros venceréis, pues disponéis de fuerza bruta más que suficiente. Pero no convenceréis. Porque para convencer necesitáis persuadir, y para persuadir necesitaríais aquello de que precisamente carecéis: la razón y el derecho en la lucha. Considero que es inútil exhortaros a pensar en España. Yo lo he hecho ya.

Miguel de Unamuno nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864; despojado por última vez de títulos y honores, preso en su casa de Salamanca, se les murió a los otros el 31 de diciembre de 1936. En algún momento entre esas dos fechas, escribió: «Los que sí me quieren, los que se me pegan y no me sueltan son los chiquillos... desafío a cualquiera a quién sabe hacer mejor pajaritas, de las que vuelan y de las que no vuelan; mesas, barcos, bonetes, gorros, fuelles, globos, todos de papel; a quién mejor coloca la mosca en la pajarita, a quién hace mejor un muñeco que baile...»

**Abelardo Castillo**